El feminismo como referencia de legitimidad para las mujeres

Ana de Miguel Álvarez
Facultad de Sociología,
Universidad A Coruña

El feminismo, la lucha de las mujeres por la igualdad de derechos y oportunidades vitales, es objeto de valoraciones contrapuestas en nuestra sociedad.

Para las mujeres que se consideran feministas es un referente fundamental de autoridad y *empoderamiento*. En varios sentidos. Por un lado, el conocimiento de la larga lucha de las mujeres –ya van más de dos siglos– por conseguir los derechos más básicos reafirma al colectivo en la legitimidad de sus demandas y reivindicaciones y en la esperanza de que, por imposibles que a veces parezcan nuestras metas, otros cambios aún más difíciles lo han sido; por otro lado, el conocimiento de nuestra historia nos enseña que todo lo hemos conseguido por nuestro esfuerzo y lucha conjuntos nos hace saber que "juntas podemos" y nos conduce a "los pactos de género", pactos entre mujeres muy distintas en lo que hace a otras características pero que podemos y debemos unirnos para luchar contra injusticias que nos afectan a todas.

Hay un hilo (morado) que nos une a todas las mujeres y niñas del mundo: mientras nacer mujer siga siendo una desgracia en cualquier punto del planeta –de ahí los abortos selectivos de los fetos femeninos– todas estamos implicadas en esta lucha. Por último y a nivel más personal, el feminismo, con sus redes de solidaridad y activismo alienta a cada mujer a situarse como un ser humano, sujeto de derechos y capaz de llegar a salir de cualquier situación de inferioridad en que la sociedad patriarcal la haya situado. Como por ejemplo a salir del agujero infernal del abuso y la violencia.

Entre el desconcierto y la descalificación

Lo cierto es que a la mayor parte de las personas les cuesta enormemente reconocerse feministas y el feminismo se mueve, en general, entre el desconocimiento y la descalificación. Decía la escritora Rebecca West que no había conseguido averiguar de forma precisa qué era el feminismo, pero añadía "Sólo sé que la gente me llama feminista cada vez que expreso sentimientos que me diferencian de un felpudo". No es una mala aproximación al tema porque nos hace caer en la cuenta de dos actitudes que siguen teniendo vigencia frente al feminismo: por un lado su desconocimiento fuera de los círculos estrictamente feministas y por otro su continua descalificación –¡a pesar del desconocimiento!– por parte de muchas personas que si lo conocieran mejor no dudarían en auto-calificarse de feministas.

De forma casi incomprensible para quienes han estudiado la historia del feminismo y conocen el alcance de nuestra deuda con las mujeres que dedicaron sus vidas o parte de ellas a conquistar lo que hoy nos parecen los derechos más elementales, el caso es que "el feminismo" sigue disfrutando de una mala prensa considerable. Fijémonos en esta frase de Clara Campoamor,

la diputada que defendió el derecho al voto femenino en la Segunda República española: "Digamos que la definición de feminista con la que el vulgo pretende malévolamente indicar algo extravagante indica la realización plena de la mujer en todas sus posibilidades, por lo que debiera llamarse humanismo".

El feminismo es humanismo

Efectivamente el **feminismo es un humanismo**, es la lucha por el reconocimiento de las mujeres como sujetos humanos y sujetos de derechos, es y ha sido siempre la lucha por la igualdad entre los dos sexos. Y, sin embargo, buena parte de su mala prensa procede de que muchas personas asocian el feminismo con la lucha por la supremacía femenina, es decir "con dar la vuelta a la tortilla" y también con el odio a los varones. Ante una interpretación tan abiertamente falsa y retorcida de una causa tan justa y legítima, de una lucha tan constante, silenciada y no violenta por parte de tantas mujeres y también de tantos hombres, sólo cabe preguntarse con asombro: ¿De dónde ha salido esta versión tan falsa y mezquina de mujeres como las sufragistas? ¿De mujeres como Concepción Arenal que centró sus esfuerzos en que las niñas pudieran ir a la escuela, en que las mujeres estuvieran preparadas para ejercer un oficio para evitar la pobreza o la prostitución si no llegaban a contraer matrimonio? ¿De todas las mujeres que se han unido para defender el derecho al trabajo asalariado, a la educación superior, a todas las profesiones? ¿De las que han luchado y siguen luchando para que se rompa el pacto de silencio y complicidad que ha rodeado tradicionalmente la violencia contra las mujeres?, ¿para que la violación se tomara en serio como un delito público y no como un delito privado en que se acosa a la víctima por haber estado donde no debía, por vestir como no debía, y toda la retahíla de intolerables argumentos que se han utilizado para culpabilizar a las víctimas? ¿De aquéllas que han denunciado y siguen denunciando la doble moral sexual y sus inexorables consecuencias para todas?

Abordamos este artículo con la convicción de que cuando se llega a conocer realmente lo que es el feminismo, sus análisis de la realidad, sus valores y sus fines, la mayor parte de las mujeres y también de los hombres están de acuerdo con las mismas. En este sentido es en el que el feminismo es ya para muchas un ineludible referente de autoridad y empoderamiento personal y colectivo.

Buena parte de la mala prensa del feminismo procede de que muchas personas lo asocian con la lucha por la supremacía femenina, es decir "con dar la vuelta a la tortilla" y también con el odio a los varones.

¿Desde cuándo existe el feminismo?

En un sentido amplio del término, siempre es posible rastrear conatos de feminismo a lo largo de la historia, mujeres que se rebelaron contra su destino individual o colectivo y trataron de cambiarlo. En un sentido más concreto y más eficaz para comprender de dónde venimos y en consecuencia hacia dónde vamos es preciso tener claro que el feminismo comienza en la llamada Modernidad, a la par con las grandes transformaciones materiales e ideológicas que trajeron la Revolución Francesa y la Revolución Industrial y se extiende a lo largo del siglo XIX con la reivindicación del derecho al voto femenino y otras como el trabajo asalariado no estrictamente proletario y la educación superior. Desde entonces el feminismo, en su pluralidad, ha ido tomando forma desde tres tipos de hacer distintos, aunque relacionados: el feminismo es una teoría, es una militancia social y políti-

ca y es una práctica cotidiana, una forma de entender y vivir la vida. Aunque se puede diferir a la hora de valorar cuál de los tres elementos ha tenido mayor importancia en el cambio de la situación de las mujeres en países como el nuestro, la realidad es que sin la presencia de los tres las mujeres no habríamos llegado donde hemos llegado. Hasta la igualdad formal, las políticas de acción positiva y el *techo de cristal*. Que no es poco.

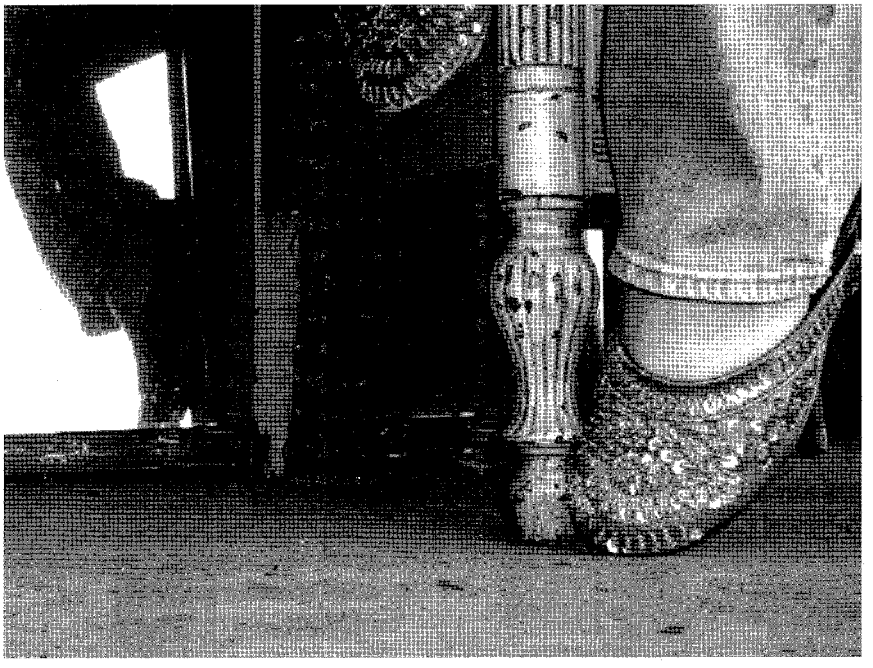
Una teoría, un movimiento social y político y una práctica cotidiana

El feminismo como teoría es una teoría crítica de la sociedad. Una teoría que desmonta la visión establecida, patriarcal, de la realidad. Celia Amorós nos recuerda que la palabra teoría en griego significa ver, para subrayar el que es el fin de toda teoría: **posibilitar una nueva visión, una nueva interpretación de la realidad.** La teoría, pues, nos permite ver cosas que sin ella no vemos, el acceso al feminismo supone la adquisición de una nueva red conceptual, "unas gafas" que nos muestran una realidad ciertamente distinta de la que percibe la mayor parte de la gente. Y tan distinta, porque donde unos ven protección y deferencia hacia las mujeres, otras vemos explotación y paternalismo, donde unos observan que "en realidad las mujeres gobiernan el mundo", otras constatamos la feminización de la pobreza y la dolorosa resignación con que las mujeres aceptan todavía en la mayor parte del mundo una subordinación que se hace pasar por su destino.

En general, la mayor parte de las teorías feministas han contribuido a iluminar de forma espectacular nuestro conocimiento sobre la insidiosa mezcla de complejidad y sencillez que apuntala la impresionante capacidad de reproducción del sistema patriarcal.

Como ha señalado Amelia Valcárcel a pesar de las tensas relaciones entre la teoría y la acción, en las asociaciones de mujeres y los núcleos feministas existe mayor vocación teórica que en ningún otro colectivo. Esta realidad propicia que las mujeres que acceden a la conciencia feminista puedan reconocer su propia experiencia en buena parte de las elaboraciones abstractas y conceptuales, y no podría ser de otro modo porque, en definitiva, las teóricas también han partido de esas mismas experiencias. En general, la mayor parte de estas teorías han contribuido a iluminar de forma espectacular nuestro conocimiento sobre la insidiosa mezcla de complejidad y sencillez que apuntala la impresionante capacidad de reproducción del sistema patriarcal. Un sistema en el que las mujeres continúan sirviendo a los varones –especialmente en la esfera de lo privado/doméstico– y estos lo esperan y aceptan con pasmosa naturalidad.

Como práctica social y política la visión feminista de la realidad ha cristalizado históricamente en la formación de **un movimiento feminista**. El movimiento feminista se caracteriza, como todo movimiento social, por su gran diversidad. Ser un movimiento social y no un partido político es lo que le ha permitido funcionar de manera muy abierta y lograr unir bajo reivindicaciones muy generales a muchas mujeres que, desde otras perspectivas, pueden tener importantes discrepancias ideológicas. La necesidad de unión de todas las mujeres, la constitución de un Nosotras como Sujeto político –los **pactos entre mujeres o los pactos de género**– se deriva de la realidad de que, aunque sin duda la condición de mujeres interactúa con otras variables como la clase social, la etnia y la orientación sexual entre otras, todas hemos sido excluidas de derechos en función de ser mujeres, todas compartimos una historia de opresión.



Una forma de entender la vida

El feminismo es también **una forma de entender y vivir la vida cotidiana**. No es un tipo de práctica política de las que tiene lugar en la esfera pública y de la que es posible "pasar" en la esfera de lo privado. Casi al contrario, el feminismo implica también un proceso individual de cambio personal, de ajuste de cuentas con la tradición –"las cosas siempre han sido así y tú no las vas a cambiar"– la educación y las expectativas que la sociedad coloca en los supuestamente delicados hombros femeninos: estar siempre disponibles como ángeles domésticos y como objetos decorativos y sexuales. De ahí que el feminismo de los años sesenta enarbolara el lema, sobre el que volveremos más adelante, de **lo personal es político.** Con este lema se quiere expresar que las decisiones que toman las mujeres sobre sus vidas personales, como cargar con todas las responsabilidades domésticas, no son fruto de su libre elección y de sus negociaciones como pareja sino de un sistema de poder, es decir político, que no les deja más elección porque ellos "no van a cambiar". Sin embargo la militancia y el asociacionismo con otras mujeres, proporciona un **empoderamiento**, en que las mujeres se enfrentan de forma explícita a su condición de "segundo sexo" y a los múltiples miedos que la sociedad les ha imbuido desde pequeñas para afirmarse como personas, tengan o no un hombre al lado. De hecho algunas autoras han definido el patriarcado como una sociedad en que los hombres ofrecen protección a cambio de servicios domésticos y sexuales. La vida de las mujeres que se enfrentan al lugar que el patriarcado les tiene asignado emprenden una revuelta interior y exterior que necesariamente tiene que afectar a todo el orden privado–doméstico y llevarlo a la práctica sin contradicciones no es fácil. Reconocer las contradicciones que sin duda permanecen "de puertas adentro" en la acertada expresión de Mª Angeles Durán, es así mismo un paso más en la autoconciencia y en la posibilidad de liberación.

¿Posfeminismo?

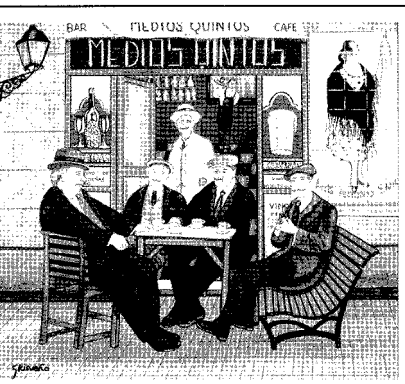
Queremos terminar apuntando que si bien en la actualidad las mujeres hemos derribado muchos obstáculos legales y hemos accedido a elevadas cuotas de igualdad formal, la situación comparativa entre los géneros no genera excesivo optimismo. Es decir, hemos cosechado enormes éxitos si comparamos nuestra situación con la de hace cincuenta años, pero no es así si lo que comparamos es la situación entre varones y mujeres en la actualidad. Es verdad que los roles y la función social de las mujeres se ha diversificado y ampliado, pero no ha sucedido lo mismo con los de los varones, y,

El feminismo implica también un proceso individual de cambio personal, de ajuste de cuentas con la tradición, la educación y las expectativas que la sociedad coloca en los supuestamente delicados hombros femeninos: estar siempre disponibles como ángeles domésticos y como objetos decorativos y sexuales.

Tal vez, hoy nos enfrentamos con una agravante adicional: el hecho de que cierta institucionalización de las metas igualitarias del feminismo lleva a pensar a muchas jóvenes que la desigualdad es un hecho del pasado.

en realidad, puede considerarse que las identidades genéricas permanecen sumamente estables.

Algunas realidades como que la tasa de paro femenina duplique la masculina, la existencia de madres trabajadoras pero no así de "padres trabajadores", la violencia de género y la continua demanda de jóvenes prostitutas de todas las etnias son claros indicadores de que las relaciones no son de igualdad. Y, tal vez, hoy nos enfrentamos con una agravante adicional: el hecho de que cierta institucionalización de las metas igualitarias del feminismo lleva a pensar a muchas jóvenes que la desigualdad es un hecho del pasado. Además, los medios de comunicación se han volcado en asegurar que ya estamos en una bienaventurada época de "posfeminismo". Tal y como sintetizara Susan Faludi en su obra *Reacción: la guerra no declarada contra la mujer moderna*, el mensaje machaconamente repetido de "la igualdad ya está conseguida" y "el feminismo es un anacronismo que empobrece la vida de las mujeres" parece haber calado en buena parte de las nuevas generaciones. Como consecuencia, las jóvenes, incapaces de traducir de forma política la opresión que sin duda experimentan en una u otra faceta de sus vidas, parecen volver a reproducir en nuevas patologías personales, como la anorexia, el problema que se empeña "en no tener nombre". Aunque también hay nuevos signos que apuntan a la re–politización en clave feminista de las más jóvenes. En todo caso hay que volver siempre a recordar que el feminismo, aunque siempre minoritario, está consiguiendo transformar nuestra realidad. ©

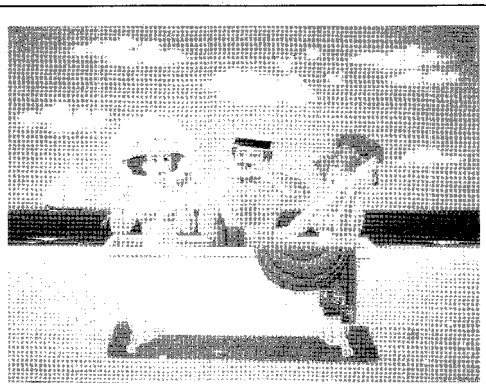


Gracia Risueño- "Medios Quintos"

EBOLI
GALERIA DE ARTE

IV Muestra Arte Naïf Europeo
61 Artistas Naïf reunidos en Madrid
16 de Marzo –11 Abril 2007

Plaza Ramales s/n – 28013 Madrid
Tlef.: 915471480
www.galeriaeboli.com


Jean Pierre Lorand- Thalasotherapie